

hombre, iglesia y tiempo

B. Meliá

El don de Dios, haciendo irrupción en el hombre, penetrándolo íntimamente, haciéndole renacer a una nueva vida, parece que debería crear un tiempo nuevo, un nuevo ritmo acorde con la criatura nueva, que la gracia ha recreado. La gracia de Dios, nunca merceda y por lo tanto siempre gratuita, se presenta con frecuencia como golpe decisivo e inesperado, sin preámbulos. Una de las reglas del libro de los Ejercicios para discreción (discernimiento) de espíritus, nota lo siguiente: "Sólo es de Dios Nuestro Señor dar consolación a la ánima sin causa precedente; porque es propio del Criador, entrar, salir, hacer moción en ella, trayéndola toda en amor de su divina majestad. Digo sin causa, sin ningún previo sentimiento o conocimiento de algún obiecto, por el cual venga la tal consolación mediante sus actos de entendimiento y voluntad" (1).

Es la entrada del Señor en el cenáculo, estando las puertas cerradas. Es Pablo derribado de su caballo.

Hay ciertamente en toda gracia algo de repentina fulguración que sobrecoge.

Es Dios, quien con su peso de eternidad total, agujerea el tiempo para hacerse presente en la vida de los hombres.

Este carácter de inmediatez y proximidad inminente, esta sensación de ruptura en el tiempo que presenta la venida del Señor, fue claramente percibida por los hombres del Evangelio influidos sin duda por su mentalidad judía sobre una venida mesiánica escatológica, que debía realizarlo todo de golpe, en un acto que marcara el fin de la historia terrena (Mt. 3,11-12; Lc. 3,16-17).

¿Cuándo viene el Reino de Dios? Preguntan entre ansiosos y curiosos los judíos (Lc. 17,20). Y los Apóstoles: "¿Vas a restablecer ahora el Reino de Israel?" (Act. 1,6).

La impresión que ha podido recoger el evangelista san Lucas es de que "se imaginaban que luego enseguida se había de manifestar el Reino de Dios" (Lc. 19,11).

En realidad la intervención de Dios en la plenitud de los tiempos inaugura

un tiempo nuevo (Heb. 1,1-2; Gal. 4,4; Ef. 1,10.23). Esto es fundamental cuando quiere hacerse una teología de la historia.

Pero esta novedad no ha de ser comprendida de una manera "fantástica".

Concretamente puede uno preguntarse hasta qué punto la gracia de Dios es una intromisión abusiva en el tiempo del hombre y si lo es.

Hombre y Tiempo

La gracia que no destruye la libertad del hombre, ni su mundanidad (esto lo damos por supuesto teniendo en cuenta la síntesis teológica católica), ¿destruirá su temporalidad?

Tal vez pueda encontrarse en todas las aspiraciones, por un mesianismo atemporal, inmediato y contundente, una base de docetismo, es decir de incompreensión escandalizada delante de la Encarnación real y no aparente de Dios, y de toda encarnación de lo espiritual.

Ahora bien, la Encarnación marca una inserción determinada en la historia humana. Con la carne asumía el Verbo a la humanidad y a su temporalidad; y es siempre una fuente de meditación la sumisión de Cristo a los plazos y etapas que impone el lento proceso de maduración fisiológica y psicológica de todo hombre. "El niño crecía y se robustecía, llenándose de sabiduría, y la gracia de Dios estaba sobre él". (Lc. 2,40. 46). Su humanidad, siendo plena y no simplemente imitada, no podía poner entre paréntesis la experiencia temporal que entra necesariamente en la estructura esencial de la condición humana.

El hombre no es su alma. Espíritu encarnado, no puede realizarse sino dentro del tiempo; él mismo es tiempo.

Parad las agujas del reloj, suprimid su movimiento, anclaos incommovibles en el pasado; pues bien, habéis des-

(1) SAN IGNACIO DE LOYOLA, *Ejercicios Espirituales* (330).

truído el tiempo y con él a vosotros mismos. El tiempo no tiene orillas sobre las que quietos podáis, desde afuera, observar su curso.

La definición de hombre, que se ha dado en llamar esencialista, de que es un "animal racional", representa bien entendida una verdadera conquista en orden a la integración del tiempo en la misma esencia del hombre. En el lenguaje aristotélico-tomista *racional* quiere decir *discursivo*, y es en el discurso donde el hombre que habla crea su tiempo, el tiempo en el que se realiza como hombre. "Los intelectos inferiores, los de los hombres, alcanzan la perfección en el conocimiento de la verdad por cierto movimiento y discurso de la operación intelectual" (2).

El tiempo es uno de los instrumentos de la encarnación progresiva del espíritu humano (3), que se realiza así y se perfecciona.

Hablar, suprema y definitiva prerrogativa del hombre, toma tiempo, y todo lenguaje supone una historia.

Así el tiempo, lejos de arrastrar al hombre hacia no sé qué desintegración, es para él medio de su apertura trascendente. "En el tiempo se decide lo eterno" (4), según frase de JASPERS, quien asimismo ha definido la historicidad del hombre como la "posibilidad que tiene la existencia humana de llevar a cabo y de vivir en el instante la fusión del tiempo y de la eternidad".

A este hombre que se encuentra así en una situación límite, como "en el horizonte de la eternidad y del tiempo" (5), sin renegar de su tiempo y sin cerrarse a su eternidad, como "a creatura espiritual le mueve Dios por el tiempo" (6). *Tempus, cardo salutis*. Sobre este gozne del tiempo obra la salvación.

(2) SANTO TOMAS, *Summa Theologica*, 1^a, q. 58, a. 3. Cfr. también 1^a, q. 85, a. 4, 1.

(3) JEAN MOUROUX, *Le Mystère du Temps*, Aubier 1962, p. 70.

(4) Citado por JEAN MOUROUX, o. c., p. 74-75.

(5) SANTO TOMAS, *II contra Gent.*, 81.

(6) SAN AGUSTIN, citado por SANTO TOMAS, *Summa Theologica*, 1^a, q. 85, a. 4, ad 1.

No vamos a insistir más sobre estas dimensiones temporales del hombre que la filosofía ha analizado con ahinco, casi exclusivamente y que la teología no puede pasar por alto (7).

Cristo y Tiempo

Jesu-Cristo no ignora al hombre ni lo destruye. Todo el Nuevo Testamento está saturado de referencias temporales. La vida cristiana es puesta en perpetua relación con un ritmo temporal hecho de cuerpo y mundo y el Reino de Dios se presenta bajo expresiones e imágenes que indican desarrollo, crecimiento, espera, lo cual requiere siempre tiempo.

Son las parábolas de la cizaña, del grano de mostaza, de la levadura, en este magnífico capítulo trece de san Mateo que todos los que sentimos la tentación triunfalista de un mundo mejor inmediato debemos leer y releer. Sobre la hierba que produce la espiga y que a su vez se llena de fruto, el tiempo va *con sus días y sus noches* haciéndose fecundo (Mc. 4,26-29).

“Yo soy la vida, vosotros los sarmientos. El que en mí permanece, como yo en él, lleva mucho fruto...” (Jn. 15,5. 16). Fruto, madurez del tiempo.

Todo el evangelio de san Juan es un movimiento orientado hacia la “hora” de Jesús, que no puede llegar ni antes ni después (Jn. 7,30; 8,20; 13,1; 12,23. 27; 17,1).

Como los parientes de Jesús, nosotros tenemos dificultad en entender estas dilaciones y aceptar la verdad del tiempo marcado por el Padre. “Mi tiempo no ha llegado aún. Para vosotros siempre es tiempo oportuno” (Jn. 7,6).

La analogía con el reino vegetal tal vez más marcada en los evangelios, se convierte preferentemente en las epístolas de san Pablo y en san Pedro en

analogía con el cuerpo humano y con el templo en fase de construcción. La vida espiritual es siempre *una vida*, que es concebida, nace, crece y llega a su madurez (aunque sin necesidad de conocer la vejez ni la muerte).

“Viviendo sinceramente en la caridad, crezcamos por todos los modos hacia Aquel que es la cabeza, Cristo, de quien todo el cuerpo recibe trabazón y cohesión, por toda clase de contactos que lo alimentan y activan según la capacidad de cada parte, creciendo hasta coronar el edificio del amor” (Ef. 3,15-16).

“No puedo hablaros como a espirituales, sino como a carnales, como a niños en Cristo” (1 Cor. 3,1; 1 Tes 2,7; 1 P 2,2).

“Nosotros somos colaboradores de Dios y vosotros campo de Dios, edificio de Dios” (1 Cor. 3,9). “Hijos míos, por quienes sufro dolores de parto hasta que Cristo se forme en vosotros” (Gal. 4,19).

El cristiano según san Pablo se encuentra comprometido en una evolución vital y en una progresión sin límite. Abundan en san Pablo los imperativos, que son siempre una desnivelación y una tensión entre un presente y un futuro (8).

“Siempre progresando en la obra del Señor” (1 Cor. 15,58), la renovación del hombre interior se hace de día en día (2 Cor. 4-16).

La imagen del campo tampoco está del todo ausente. Hay una siembra y una cosecha, una semilla y un fruto (2 Cor. 9,10; Gal. 6,8).

Todas estas imágenes de crecimiento y de maduración humana incluyen un dinamismo temporal que no sólo está inscrito en el crecimiento individual sino que estructura toda la ascensión humana hacia Cristo.

Todos hemos sido llamados “para la edificación del Cuerpo de Cristo, hasta

(7) M. SCHMAUS, *Teología Dogmática VII*, Los Novísimos, Madrid 1964 (2ª), pp. 40-53. Excelentes notas sobre historicidad del hombre en el pensamiento moderno.

(8) cfr. LOUIS M. DEWAILLY, o. p., *Le Temps et la fin du temps selon saint Paul*, La Maison-Dieu, 65 (1961), pp. 132-145.

que lleguemos todos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios y seamos el hombre perfecto que realiza la medida de madurez propia del pleroma de Cristo y ya no seamos niños..." (Ef. 4,12-14; Col. 2,19).

No es extraño que una concepción de la vida cristiana en tales términos de crecimiento haya arrastrado la mentalidad antropológica evolutiva de un Teilhard de Chardin. "Toda su meditación continuada a la luz de la fe, acaba y culmina en una espera de la parusía. Constatando con nosotros todos que después que Jesús ha nacido, ha acabado de crecer y ha muerto, el mundo ha conservado su apariencia y que lejos de entrar en el reposo, todo continúa moviéndose como antes, concluye a la par que todo creyente, que esto es porque Cristo no ha acabado de formarse" (9).

Iglesia y Tiempo

Estas breves notas sobre la temporalidad en el NT creemos que se justifican ya que es precisamente el cristiano, quien, por vislumbrar desde ahora el mundo de las llamadas verdades eternas, puede más fácilmente perderse en ilusorios espejismos.

El hombre lleva dentro de sí la nostalgia de un paraíso perdido fuera de la usura del tiempo, o el anhelo de una utopía igualmente atemporal, en la que el reino ha llegado, la perfección está cumplida y todo es gozado en una tranquila seguridad.

Ahora bien, al cristiano no se le ahorra la prueba del tiempo. Dios que creó al hombre en el modo de la historia y del tiempo, en este mismo modo lo recrea y redime. Entra dentro de los planes ordinarios de Dios el que no se fueren los tiempos ni se salten las etapas de la compleja pedagogía religiosa.

En la base de muchos fracasos de conversión tanto individuales como co-

lectivos hay un pecado de impaciencia, un pecado contra el tiempo. Al decir esto ¿caemos en el sicologismo o en el historicismo, como si fuera el hombre el que impone sus condiciones a Dios? No lo creemos.

La vida en Cristo se desarrolla a través de una experiencia y dentro de una cultura, y la conversión, que es conversión de todo el hombre, tiene que profundizar hasta estas estructuras fundamentales.

"Una pedagogía espiritual debe contar con este *sustrato evolutivo humano*" (10).

En la historia de las misiones este principio se ha impuesto a veces trágicamente.

Especificando y prolongando la palabra del Señor —"en el mundo, no sois del mundo"— se puede decir que el cristiano está en el tiempo aunque no es del tiempo.

Ciertamente para el cristiano ha empezado un tiempo nuevo. Habiendo venido Cristo se ha cumplido la plenitud de los tiempos. El mito del eterno retorno que concebía el tiempo como repetición circular incansable y monótona se ha esfumado.

Pero la misma historia lineal de la espera judía mesiánica, también ha terminado, ya que Cristo término de la espera, está aquí. El "mundo futuro" ha comenzado. Y sin embargo, a partir de Cristo muerto, resucitado y sentado en los cielos junto al Padre, es una realidad que la vida sigue desarrollándose en el tiempo. Todo está dado, pero el hombre sigue viviendo.

Más aún, son el mismo Cristo y los autores inspirados del NT., quienes nos hablan de espera y de crecimiento, como ya hemos visto. Un intervalo se abre, que será llamado intermedio de la Iglesia.

¿Cómo vivir este tiempo? Hay que reconocer que no siempre es fácil el equilibrio verdadero en esta cuestión

(9) HENRI DE LUBAC, *La pensée religieuse du Père Teilhard de Chardin*, Aubier 1962, p. 37.

(10) JEAN MOUROUX, o. c., p. 236.

debido en gran parte a la complejidad del hombre y a cierta dificultad de los mismos textos escriturísticos.

La situación límite del hombre en el horizonte entre tiempo y eternidad, hace incómoda una tal postura, que debe ser continuamente corregida y rectificada. La eternidad debe ser vida dentro del tiempo.

Por otra parte, para orientarnos en la lectura de ciertos textos escatológicos hay que tener en cuenta que la mentalidad apocalíptica judía ambiental, de los tiempos del NT., contribuye a esta perplejidad, proporcionando expresiones temporales confusas. Presente y futuro entremezclan sus perspectivas (11).

Dentro de este contexto no puede extrañar el que los cristianos primitivos hayan sido llamados a engaño más de una vez. El retorno del Señor como realización descrita utópicamente es esperado con inminencia.

Tal vez una de las razones de esta posible desviación está en que el centro de atención converge casi exclusivamente hacia el cálculo prematuro de la fecha determinada de la segunda venida del Señor. La esperanza se ha vuelto espera inquieta y desazonada, olvidándose de que, aunque el Hijo del hombre viene como ladrón de noche (Mt. 24,36.43; 1 Tes. 5,3), nadie más que el Padre conoce el secreto de la hora (Mt. 13,32; Act. 1,7).

Ahora bien, si algo parece claro en el tiempo de la Iglesia, es que éste es un tiempo de paciencia. No entramos a discutir si los "aplazamientos" sucesivos del reino, de los que la Iglesia va tomando conciencia, han sido motivados por una decepcionante espera de siglos. Mucho más profundamente hay que decir sin duda que el tiempo de la Iglesia se ha abierto camino gracias a una reflexión más completa hacia los textos llamados escatológicos y una mayor comprensión de la dimensión temporal del hombre y su evolución histórica.

De una manera análoga, el cristiano, que en su vocación personal reproduce el misterio de la Iglesia, debe meditar sobre su condición temporal no sólo como hombre *humano*, sino como hombre *espiritual*.

Está en el tiempo, aunque no es del tiempo; no es de este tiempo de inconsolable ruina y decrepitud cuando no está bajo el destino de Cristo.

El Señor no pide que se nos saque del tiempo (Jn. 17,15). La superación del tiempo no es eliminación del tiempo. Más aún, todo cristiano debe dar su consentimiento al tiempo, para que su esperanza, lejos de ser una ilusoria proyección hacia el futuro, sea fruto de la fe, con sus obscuridades, sus dilaciones y la permanente aceptación de ese *ahora* deleznable, pero punto de inserción, al fin y al cabo, de la voluntad salvífica de Dios, para cada hombre, "abrazo de una elección eterna y de una respuesta temporal" (12).

En germen todo ha sido dado, las arras de lo que ha de venir ya las poseemos (Rm. 8,23; 2 Cor. 1,22; Rom. 5,5), pero no todo está cumplido.

Por esto este tiempo de paciencia es un tiempo de actividad en el Señor y de responsabilidad. Precisamente porque hemos consentido al tiempo, nuestra acción vale la pena. Son ordinariamente los utopistas los que lo esperan todo, tanto en el plano individual como en el plano colectivo, de una revolución esporádica, de un "deus ex machina", forjado a imagen de su impaciente inquietud. La proyección de una vida espiritual y de un apostolado a corto término es construir una torre sin fundamento, y todo cristiano debe tomar al tiempo como base sólida de su vida (Mt. 7,24).

Así el tiempo cristiano no es evasión, sino amorosa fidelidad al presente, del que sacamos buen partido. El tiempo ha sido redimido (Ef. 5,16; Col. 4,5), pero sin traición para el hombre.

(11) JUAN LEAL, *La Sagrada Escritura*, II, B.A.C., Madrid 1962, p. 891.

(12) JEAN MOUROUX, o. c., p. 236.